

CIENCIA Y POLÍTICA EN EL EVOLUCIONISMO CONTEMPORÁNEO: UN COMENTARIO

ANDRÉS MEDINA

Das guerras mundiales horrendas, la gran crisis económica, la proliferación del fascismo y del comunismo y algunas explosiones atómicas, para mencionar sólo los desastres sobresalientes, han destruido la fe en el progreso...

(ANGEL PALERM, 1972)

La teoría evolucionista constituye actualmente el marco conceptual de mayor importancia en el ámbito de la arqueología profesional mexicana; esta relevancia se debe a su capacidad de responder a las cuestiones de carácter diacrónico implicadas directamente en la actividad arqueológica misma, es decir a los problemas del desarrollo histórico y a los procesos que lo determinan; juega también un considerable papel los nexos múltiples establecidos con el culturalismo, matriz de la que emerge el neoevolucionismo; dicho culturalismo fue por muchos años el respaldo teórico de la arqueología mexicana, así como el espacio donde se articulaba con el nacionalismo oficial. Sin embargo, la gran crítica ejercida contra el nacionalismo por las tendencias políticas que impugnan la política desarrollista del Estado mexicano, ha arrastrado también a ese culturalismo que la endosaba y es entonces cuando destaca el conjunto de proposiciones evolucionistas como una alternativa teórica. Pero lo notable de todo esto es la incorporación que este evolucionismo ha hecho de conceptos y términos procedentes de la teoría del materialismo histórico, a tal grado que hay numerosos antropólogos, encandilados aún por el culturalismo, que no alcanzan a distinguir entre uno y otro, o lo que es peor, toman

como marxista mucho que es recalcitrantemente evolucionista. Esto es algo grave no sólo por las tajantes diferencias existentes con respecto a la teoría, sino fundamentalmente porque ello acarrea también profundas implicaciones políticas. En este sentido se orienta el comentario que sigue.

El evolucionismo multilineal de Steward emerge en el contexto de la antropología culturalista norteamericana; retoma la problemática de los evolucionistas decimonónicos y la sujeta a criterios empiristas, es decir, que han condicionado la especulación teórica a la adecuada sustentación fáctica, pero sin renegar de las pretensiones universalistas. La categoría de Cultura juega un papel central en este evolucionismo, aunque sin tener ya la determinación causal que la otorga la tradición boasiana; en su lugar aparece un materialismo mecanicista que abre la puerta al determinismo geográfico, ahora enfundado en la moderna teoría ecológica.

La problemática del evolucionismo se nutre tanto de las grandes cuestiones definidas por sus fundadores en el siglo pasado, como de los avances teóricos y metodológicos del culturalismo de la primera mitad de este siglo; asimismo, recupera algunos de los problemas de la historiografía marxista a través de la influencia y los aportes de Karl Wittfogel. Sin embargo, la actualización de la controversia teórica en torno al modo de producción asiático que emerge en la década de los años sesenta, como producto, entre otras causas, del impacto provocado por la edición de los *Elementos fundamentales* (o *Grundrisse*) de Marx, y el hecho de que el propio Wittfogel haya participado en una etapa anterior cerrada violentamente por los juicios estalinistas de los años treinta, lleva, por lo menos en México, a toda una agitada controversia acerca de lo que constituye la teoría del modo de producción asiático. Y si en sus trabajos previos Angel Palerm se identifica como un evolucionista multilineal que reconoce la paternidad de Wittfogel en muchos de sus planteamientos, ahora, en el final de la década de los años sesenta, se presenta armado de un marxismo que reivindicará al materialismo prístino de Marx y Engels en el marco de la teoría antropológica. La cuestión no sólo una base definida en la discusión que los marxistas sostienen con respecto al modo de producción asiático, la proposición de Palerm responde, además, directamente a la coyuntura polí-

tica del 68 y a la gran reacción que denuncia el conservatismo de la escuela culturalista que rige en México y, sobre todo, a la manera en que ha endosado ese nacionalismo en cuyo nombre no sólo se reprime a la oposición y se legitima el autoritarismo presidencial, sino se abre también las puertas al capital imperialista. La teoría marxista aparece como una alternativa del desarrollo teórico y académico, no sólo por su propia solidez conceptual, sino que en ello tiene que ver su profundo sentido crítico y la posibilidad de incorporarse a un discurso que se construye en los movimientos sociales radicales de otros países que surgen por la misma época.

La defensa de la teoría de Wittfogel y de su particular versión del modo de producción asiático la despliega Palerm en una serie de conferencias que pronuncia en la Universidad Iberoamericana, de la ciudad de México, en el año de 1969, posteriormente publicadas en forma de artículos en la revista de la misma universidad, *Comunidad*, y finalmente reunidas en un volumen de la serie SepSetentas que edita en grandes tirajes la Secretaría de Educación Pública, durante el sexenio populista del presidente Luis Echeverría.

En su exposición Palerm asume la manera como Wittfogel interpreta los escritos de Marx y Engels. Al analizar los escritos marxistas en que se proponen aspectos diversos del modo de producción asiático Wittfogel, y con él Palerm, dice reconocer el peso decisivo de las grandes obras hidráulicas como base económica y política de los grandes Estados asiáticos, con lo que introduce y trata de legitimar como marxista al determinismo geográfico. Esta interpretación apunta a una violenta crítica anticomunista que domina la obra de Wittfogel, puesto que comentando la aparición reciente de los *Grundrisse* y la reactivación de la discusión teórica en torno a los problemas implicados en estos manuscritos, encuentra que los planteamientos hechos en una parte de tales escritos, en los *Formen*, son abandonados posteriormente debido a que "a medida que progresaba el análisis del MAP, Marx iba descubriendo inquietantes semejanzas entre los rasgos más característicos de la sociedad oriental y algunos de los que se atribuían a la sociedad socialista del futuro".¹ Así, el supuesto ocultamiento de estos

¹ Palerm, A. *Agricultura y sociedad en Mesoamérica*. México, SEP, 1972 (SepSetentas: 55), p. 107.

manuscritos respondía a una exigencia política, pues según Palerm, "Marx no quiso privar a su naciente movimiento político de esta tremenda fuerza que da la seguridad del advenimiento inevitable del reino prometido. Sus motivos, si nuestra hipótesis es correcta, fueron más generosos que los de Stalin en 1930. Pero encuentro evidente que entre 1850 y 1860 la ciencia de Marx entró en conflicto con la política de Marx. Su pecado contra la ciencia habría de tener consecuencias gravísimas para la ciencia y la política".²

Lo que aporta como originalidad a esta peculiar versión de los escritos marxistas Palerm, es la proposición de que los *Formen* constituyen el documento fundador del evolucionismo multilíneal (algo que por cierto el resto de los evolucionistas contemporáneos insiste en ignorar). De acuerdo con este argumento, el evolucionismo unilíneal presente en el *Manifiesto Comunista* es abandonado por una concepción que reconocía la diversidad del desarrollo histórico propuesta en los *Formen*; sin embargo, "Marx y Engels abandonan el planteamiento multilíneal de la evolución, regresan a su tesis original de comunismo primitivo-sociedad antigua-feudalismo-capitalismo, y consideran (o más bien, dejan creer) estas etapas como universales y necesarias".³ La evidente y gruesa distorsión de estas opiniones es mostrada en varias de las proposiciones hechas, como cuando Palerm descubre que en los *Formen* "Marx adopta como punto de partida de su análisis a la sociedad comunista primitiva, una hipótesis si no completamente desacreditada, cuando menos sometida a severa crítica y a serias dudas por la antropología moderna".⁴ No sólo una lectura superficial de la obra aludida revela fácilmente la distorsión, sino incluso por esos días circulaba en el medio antropológico el trabajo de Maurice Godelier donde comentaba el mismo manuscrito y apuntaba la riqueza de sus implicaciones para el desarrollo de la teoría antropológica contemporánea, es decir, exactamente lo contrario de lo implicado por Palerm.

El carácter ecléctico de las proposiciones de Palerm se manifiesta por la importancia y peso que da a la obra de Max Weber en la discusión en torno al modo de producción

² *op cit.*, 110.

³ *op cit.*, 106.

⁴ *op cit.*, 98.

asiático; y especialmente por la manera en que lo califica: "Weber es sobre todo un liberal. O sea, un defensor y apasionado partidario de la libertad, que rechaza las ideas de Marx sobre la dictadura del proletariado y observa con alarma las tendencias de la sociedad occidental hacia la burocratización y el despotismo".⁵ Igualmente exhibe una actitud ecléctica al describir la teoría de Wittfogel y elegir para ello la categoría de "modelo", apuntando que utiliza esta expresión "en el mismo sentido general con que Marx empleó el término «modo de producción» y Max Weber el de «tipo ideal»".⁶ Y redondea su opinión en torno al resurgimiento de la discusión sobre las sociedades asiáticas en el tono político tan propio de Wittfogel: "Max Weber se asomó apenas al gran problema que han evadido los marxistas «oficiales» de nuestros días con verdadero terror; al problema que silenciaron Marx y Engels y sus discípulos inmediatos durante las polémicas con los anarquistas; el problema frente al cual Lenin retrocedió y Stalin decidió suprimir la cuestión y con ella a sus estudiosos. O sea, el problema de una burocracia estatal constituida en una verdadera clase social dominante en el sentido marxista más estricto del término: una clase de explotadores de la sociedad y de ilegítimos detentadores del producto y del trabajo social".⁷

Para Palerm es el conjunto de los teóricos del evolucionismo multilíneal, principalmente Childe, White y Steward, y sobre todo el propio Wittfogel, a quienes se debe el señalamiento de la importancia teórica de las sociedades hidráulicas, y no "en la atmósfera enrarecida y viciada, científicamente asfixiantes y estéril, de las diversas ortodoxias marxistas".⁸

Y el sentido político de la teoría de Wittfogel, tan celosamente defendida por Palerm, queda manifiesto no sólo en las frecuentes declaraciones anticomunistas, sino también en la manera como ambos interpretan el desarrollo histórico, y en el caso específico de Palerm la manera en que entiende el sentido histórico del evolucionismo multilíneal; esta concepción, anota dicho autor, "generada por Marx durante su

⁵ *op cit.*, 114.

⁶ *op cit.*, 134.

⁷ *op cit.*, 117.

⁸ *op cit.*, 130.

análisis del modo asiático de producción, supone la posibilidad de distintos caminos para el desarrollo de las sociedades humanas. Supone, no sólo la posibilidad de la supervivencia de un capitalismo modificado, sino también de diversas modalidades de socialismo y aun de otras formaciones socioeconómicas. Supone, asimismo, la posibilidad del estancamiento y aun de la disolución pura y simple del orden social o su retrogresión a formas más elementales y primitivas".⁹ Desde esta perspectiva, concluye, es posible "reintegrar a los procesos históricos la voluntad humana y la busca racional de alternativas".¹⁰

Junto a esta enjundiosa defensa de Wittfogel, cuya deplorable actitud política le fuera fructífera en los negros tiempos del macartismo, Palerm sintetiza, en las conferencias que aquí comentamos, el conjunto de las investigaciones hechas por los evolucionistas en los veinte años anteriores.

Destaca, en primer lugar, el avance logrado en el conocimiento de las bases económicas del proceso histórico mesoamericano gracias al énfasis puesto en el estudio de los sistemas agrícolas, y particularmente en la importancia que tiene la agricultura de regadío en la organización de las grandes unidades políticas que dominan el período previo a la conquista española. Señala, en segundo lugar, la importancia de los descubrimientos hechos en materia de sistemas de regadío y sus implicaciones sociopolíticas en la cuenca lacustre de México; y, en tercer lugar, el impulso que este enfoque logra en el estudio cuidadoso y teóricamente dirigido en el estudio de las fuentes históricas, así como en numerosas investigaciones etnográficas orientadas hacia los sistemas agrícolas vigentes en las culturas mesoamericanas contemporáneas.

El amplio conocimiento que sobre los sistemas agrícolas y sus implicaciones teóricas tiene Palerm con respecto al altiplano mexicano, le permiten hacer un diagnóstico sobre el área maya que resulta profético. La vieja discusión que emerge de las proposiciones de los evolucionistas decimonónicos con relación al carácter político de la sociedad azteca, y que se resuelve en los numerosos aportes de los discípulos

⁹ *op cit.*, 109.

¹⁰ *op cit.*, 110.

de Kirchoff, se mantiene en el caso de los estudiosos mayistas. La distinción entre centro ceremonial y núcleo urbano aún vigente, así lo indica, pero sobre todo es importante la proposición que hacen él y Eric Wolf, respecto a que la complejidad evidente en la riqueza de los testimonios arqueológicos, exige la búsqueda de sistemas agrícolas semejantes a las chinampas de la zona lacustre del altiplano mexicano. Los descubrimientos recientes de canales, terrazas y camellones en el área maya hechos por los arqueólogos norteamericanos, confirman el valor del señalamiento de Palerm; y todavía más, la sugerencia de buscar procesos semejantes en las regiones tropicales del sureste de Asia continúa siendo una valiosa indicación que puede iluminar fructíferamente las investigaciones mayistas.

La alusión con respecto a los problemas de la periodificación histórica en el desarrollo de Mesoamérica continúa siendo un reto para arqueólogos y etnólogos, apuntado claramente en aquel su viejo ensayo en el que compara las proposiciones de Armillas, Caso y Bernal, y nuevamente aludido cuando critica la supuesta ausencia de militarismo en el período clásico o teocrático. Sin embargo, estos son todavía problemas grandes escasamente enfrentados por los estudiosos mexicanos ocupados del pasado prehispánico, lo que ciertamente otorga un gran valor a muchas de las sugerencias de Palerm.

Naturalmente que Palerm no es marxista; y él mismo se encarga de aclararlo en diferentes partes de sus escritos. Situado en el campo del evolucionismo multilineal, asume teóricamente una posición ecléctica en congruencia nítida con la mejor tradición culturalista norteamericana. Es desde esta base amplia que incorpora toda una problemática y la terminología procedente del materialismo histórico, pero de ninguna manera ni la metodología ni las bases dialécticas del mismo; esto le conduce a un materialismo mecanicista que bordea las concepciones positivistas dominantes en las ciencias sociales norteamericanas de nuestros días. Así, no duda en firmar su consideración de la antropología como una ciencia natural;¹¹ ciencia que "trata de la totalidad de la experiencia cultural humana" y, por lo tanto, "es más rica

¹¹ Palerm, A., *Antropología y Marxismo*. México, Editorial Nueva Imagen, p. 9.

que el marxismo, que al fin es sólo uno de sus aspectos históricos y sociales concretos". Y donde muestra nuevamente la raíz idealista de su pensamiento es cuando sitúa la mayor virtud de una teoría en su condición meramente explicativa, como lo refiere, por ejemplo, al señalar los criterios en los que apoyará su descripción de la teoría de Wittfogel, entonces aclara que "si el modelo sirve mejor que otros para explicar la estructura, el funcionamiento y la dinámica de una sociedad determinada, deberemos aceptar esta conclusión como una prueba de validez".¹² Es decir, los filósofos no han hecho más que *interpretar*...

Consecuente con el eclecticismo de su teoría, Palerm es un pragmático en sus posiciones políticas, en las que siempre ha mostrado una inteligente flexibilidad que no lo compromete abiertamente. Durante su estancia en los Estados Unidos trabaja por muchos años en el Departamento de Asuntos Sociales de la Unión Panamericana y, durante el gobierno de John F. Kennedy, forma parte de su cuerpo de asesores. Cuando regresa a México, en 1966, se encarga de la dirección de la escuela de antropología de la Universidad Iberoamericana, institución privada manejada por los jesuitas, en donde sienta las bases de una formación profesional de antropólogos con una orientación evolucionista multilínea y con tendencias derivadas de ella, fundamentalmente los estudios campesinistas enmarcados en la teoría chayanoviana de Eric Wolf. Es en esta escuela donde se instalan los maestros que renuncian a sus cátedras en la Escuela Nacional de Antropología en los tormentosos días de 1968, cuando se anunciaba la represión contra todos aquellos que impugnaban el despotismo presidencial. Y es también en esta misma escuela donde encuentra un refugio temporal el antropólogo chileno Hugo G. Nutini, participante confeso en el famoso plan Camelot, dirigido por la CIA para boicotear el acceso de Salvador Allende a la presidencia de Chile. Expulsado a raíz de la denuncia de numerosos científicos sociales y de parlamentarios, Nutini encuentra una cálida recepción en México que le permite seguir, tranquilamente, su actividad docente y de investigación profesional.

¹² Palerm, A., 1972: 136.

La influencia del evolucionismo en el desarrollo teórico de la antropología mexicana ha sido decisiva, y en ella ha tenido mucho que ver el propio Palerm. La amplitud de su concepción teórica y sus incisivas críticas provocaron intensas reacciones en los medios antropológicos de México, sobre todo por la mediocridad imperante y el estrecho nacionalismo que acentuaba más el provincianismo teórico. Sus formulaciones generales y su participación en diversas actividades docentes y de investigación, han contribuido al mejoramiento del nivel académico de los profesionales mexicanos; aunque por otro lado su pragmatismo político ha hecho más adeptos de lo que se sospecha, un ejemplo de ello es el desarrollo de toda una corriente a la que podemos reconocer como de "marxistas vulgares", es decir, investigadores que siguen de cerca al discurso marxista, muy a la manera que lo hace Palerm, pero que a falta de originalidad recurren a afirmaciones obvias y a generalizaciones de manual; lo que se encuentra ahora en numerosos arqueólogos del sector oficial.

¿Cuál es, entonces, la diferencia entre ese evolucionismo y ese marxismo tan hábilmente revueltos por la corriente ecléctica de Palerm y los hoy llamados "materialistas culturales"? El evolucionismo multilineal retoma el materialismo mecanicista del siglo pasado, es decir, otorga un papel determinante a las condiciones del mundo exterior, pero lo hace de una manera mecánica, metafísica, y sobre todo retiene la concepción del desarrollo histórico como un proceso natural, como la prolongación de las leyes naturales, lo que les permite justificar el hacer de la antropología una ciencia natural, por no decir una rama de la Ecología. Con esto se alinean a las preocupaciones positivistas, sobre cuyas bases se habrán de erigir la sociología durkheimiana y la antropológica social británica. Hay, desde luego, nuevos ingredientes; uno de ellos es la ambigua categoría de cultura, tan divergente desarrollada por el empirismo boasiano y que da pie a un idealismo recalitrante, como el del relativismo cultural que va de Ruth Benedict a M. Herskovits. Es cierto, la categoría de cultura como es manejada por Steward y discípulos no tiene ya la determinación historicista que pesa tan aplastantemente en la tendencia kroeberiana, se distingue ya un núcleo dominante y manifestaciones deter-

minadas y se otorga una importancia decisiva a las condiciones ambientales; con esto las preocupaciones giran hacia la tecnología, se bordean los problemas económicos y se inicia una preocupación por la evolución de los sistemas políticos, en un rumbo que trata de alejarse de las orientaciones europocentristas. Pero la cultura continúa siendo una categoría útil para la explicación de los fenómenos superestructurales, aunque gradualmente se le va a someter a las consideraciones ecológicas que la interpretan como un mecanismo de adaptación, como una entidad simbólica que se interpone entre el hombre y las condiciones ambientales.

Este nuevo evolucionismo, a diferencia del decimonónico que expresaba el orgullo y el impulso progresista de la pujante burguesía europea, se ha tornado conservador; sigue siendo etnocéntrico, no ya en el ropaje victoriano del imperio británico, sino en las más engañosas formas del empirismo abstracto. Al igual que el viejo evolucionismo, éste continúa la senda del positivismo; las viejas tesis del darwinismo social reaparecen, no ya en la forma de las groseras concepciones zoológicas, sino enfundadas en el esotérico lenguaje técnico de la ecología y de la electrónica; así el organismo social se convierte en un sistema con redes complejas de adaptación y retroalimentación. Los procesos históricos se ajustan a los modelos cibernéticos, el desarrollo social adquiere la forma de un lento y ordenado proceso, con aceleramiento y retrasos, con crisis ocasionales que finalmente son resueltas de manera mecánica, restableciendo la homeostasis. Y a diferencia del relativismo culturalista que busca la especificidad de cada expresión cultural, de una manera no exenta de romanticismo como lo habría de indicar Eric Wolf en su breve texto sobre la antropología norteamericana posterior a 1940, se tornó a un universalismo que propone categorías históricas generales, a un empirismo que abstrae los grandes temas de las sociedades capitalistas contemporáneas y los propone como categorías eternas, necesarias a todas las sociedades en el tiempo y en el espacio. En base a ello se intentan grandes esquemas evolutivos contruidos de una manera abstracta en una tradición que, si bien puede reconocer como su punto de partida el evolucionismo de Morgan, tiene en los actuales evolucionistas norteamericanos, Elmer Service, Morton Fried, Marshall Sahlins y Kent

Flannery, a sus principales sostenedores. Esto conduce a grandes proyectos de investigación que buscan no los datos objetivos que sometían a prueba las proposiciones teóricas, sino aquellos otros que se acomodan en las categorías del modelo. La especificidad histórica se pierde, y lo mismo los datos de las tribus de Nueva Guinea que los de Mesopotamia, o los procedentes de los pequeños pueblos campesinos de Oaxaca, sirven para encajarlos en el grandioso *collage* de esta nueva historia universal.

El positivismo en la ciencia ofrece una excelente cobertura contra las implicaciones políticas de la investigación; defendiendo el carácter neutral de la práctica científica, y de sus proposiciones teóricas, se da un amplio y cómodo margen para las maniobras de todo tipo, se rechaza así el compromiso social del científico y se hace descansar toda responsabilidad en la intimidad de la ética individual, de una manera en consonancia con la tradición calvinista. Pero por encima de las declaraciones de neutralidad es evidente que el evolucionismo contemporáneo expresa vívidamente la ideología política del imperialismo norteamericano, las pretensiones de grandeza universal de una nueva Santa Alianza que se torna crecientemente conservadora frente a los avances del socialismo y de las luchas de los pueblos sometidos a su dominio económico, político y cultural.

Para decirlo en las palabras de un notable antropólogo marxista, en tanto las tesis del materialismo dialéctico fueron formuladas por los que luchan contra el orden establecido, la retórica del evolucionismo es la del orden, la dirección, el movimiento, vinculados con las concepciones de la biología, pues buscan el proceso por el que la humanidad emerge como producto de fuerzas inherentes a su matriz bioquímica y biológica, fuerzas fuera del control humano. La teoría evolucionista, prosigue el autor, como es aplicada a la sociedad, es una concepción cómoda, basada en la analogía biológica del avance sistemático que va del pez hacia los mamíferos y luego a la humanidad; es, concluye, la metáfora formulada por y para aquellos que están seguros de que su clase social servirá como modelo a la humanidad.¹³

¹³ Krader, L. Social evolution and social revolution. *Dialectical Anthropology*. Vol. 1, pp. 109-120, 1976.